

## Las representaciones sociales en torno a la pobreza.

### Un posible abordaje para el análisis de las políticas sociales

*They often pretend to protect the poor,  
but, in reality,  
they tend to protect themselves «against» the  
poor  
and their potential threat to the economy.*  
(RAHNEMA, M. SACHS, W. 1996: 6)

Por: Laura Noemí Neri

El presente artículo intenta aportar a la discusión acerca de aquellos procesos de exclusión que se han configurado como parte constitutiva de la organización socioeconómica aplicada en Argentina durante los últimos treinta años. En este sentido se pretende dar cuenta acerca de la construcción hegemónica de los discursos sociales, políticos, comunicacionales y académicos que han dominado la visión respecto de las situaciones de pobreza. El objetivo es analizar la manera en que, a partir de visiones sustancialistas, se reproduce tal discurso dominante de rechazo a la pobreza que ha terminado configurando un gran mecanismo de reproducción de las desigualdades.

#### **Abstract**

*This article try to make a support to the discusion of those process of exclusion that had configured as a constitutive part of the economy organization in Argentina, in the last thirty years. In this sence we want to analyze the hegemonic construction of social, political, communicational and academical speeches, that had dominated the vision about poberty. The purpouse is to see, how those vision reproduces a negative speech about poberty, which has configured a big mecanism of inequality reproduction.*

## Introducción

El presente artículo intenta realizar un aporte a la discusión acerca de aquellos procesos de exclusión que se han configurado como parte constitutiva de la organización socioeconómica aplicada en Argentina durante los últimos treinta años. En este sentido, se pretende dar cuenta de la construcción hegemónica de los discursos sociales, políticos, cotidianos, comunicacionales y hasta académicos que han dominado la visión respecto de las situaciones de pobreza. El objetivo es analizar la manera en que, a partir de visiones sustancialistas, se repite tal discurso dominante de rechazo a la pobreza, que ha terminado configurando un gran mecanismo de reproducción de las desigualdades. La argumentación central de este trabajo es que las representaciones sociales en torno a la pobreza presentes en sectores dominantes terminan concretándose en la manera que adquieren las políticas públicas para enfrentarla.

La literatura en política social ha venido insistiendo en que la lucha contra la pobreza, sobre todo en las últimas décadas, ha tenido impacto relativo en cuanto a lograr su disminución. Creemos que tal situación tiene que ver no sólo con las condiciones socioeconómicas estructurales sino con visiones y representaciones respecto de la pobreza que, fuertemente introyectadas en los niveles de poder y de implementación de políticas públicas sociales, no la disminuyen sino que la potencializan.

La teoría y el pensamiento latinoamericanos han tenido como temática persistente, directa o indirectamente, los procesos de producción de la pobreza, sobre todo durante el siglo XX. Por ello es necesario rescatar estos estudios para observar el modo en que se ha pensado la pobreza y su vinculación con cosmovisiones insertas en ciertos procesos socioeconómicos. Este ejercicio nos permitirá centrarnos más claramente en la observación de aquellos discursos y representaciones que han generado una profunda reproducción de la pobreza en los últimos años en Argentina.

Rescatar esta dimensión del análisis sobre la pobreza permite observar otro punto de vista acerca de la forma en que se realiza la intervención social en espacios sociogeográficos determinados. Consideramos relevante este análisis para avanzar en otro más complejo y relacional sobre la pobreza, que permita, a su vez, trascender ciertas visiones reduccionistas y homogeneizantes que se encuentran en las representaciones colectivas de la pobreza y que han logrado un impacto no menor en los niveles de implementación y diseño de políticas sociales.

## La(s) pobreza(s) como una relación. La(s) pobreza(s) como representación

Para construir un posible abordaje teórico que dé cuenta de la configuración de las representaciones sociales, en este trabajo recogemos algunas ideas de Sonia Álvarez sobre la producción y reproducción de la pobreza.

De acuerdo a las afirmaciones de la autora, los abordajes teóricos sobre la manera como se produce y reproduce la pobreza en el pensamiento científico dependen del lugar donde se coloca la teoría con relación a su concepción de sociedad y del lugar que en ella ocupan los sujetos sociales. «Hay teorías que valoran las interacciones sociales que constituyen significados, otras dan mayor jerarquía a las estructuras sociales más amplias cuyas fuerzas se ejercen más allá de la voluntad de los individuos considerados individualmente, otras piensan las relaciones sociales como tramas sociales en las que se reconocen factores de poder» (ÁLVAREZ, S., 2007: 10).

Nosotros diremos que la pobreza ha sido mirada desde distintos paradigmas científicos, algunos profundizando aspectos individuales, otros dando primacía al contexto y a la totalidad. Con relación a ello, en este ensayo la pobreza no es entendida desde un determinismo estructural donde el sujeto está constituido en directa relación por la estructura, ni tampoco desde los supuestos teóricos de la acción racional pura en donde se considera que el agente posee la plena libertad de decidir individualmente y de manera racional su máximo beneficio. El primer paradigma olvida la capacidad de acción del sujeto y de su capacidad de pensarse a sí mismo y a sus condiciones para producir una transformación de su realidad, aun en contextos de fuertes condicionamientos socioeconómicos. El segundo olvida la historia del sujeto y sus prácticas heredadas a través del tiempo como si, dentro de sus condiciones objetivas de existencia, fuese totalmente libre de cualquier delimitación de tipo económico, social e histórico.

Ahora bien, el agente «pobre» como cualquier agente social no es un sujeto inmutable, carente de historia y de trayectoria; tampoco fundamenta su acción en la elección intencional, ni reacciona instantánea o mecánicamente a estímulos. Más bien, los sujetos se desenvuelven en una compleja trama en la que juegan sus historias individuales, grupales y de relaciones, en las cuales van construyendo sus estructuras de oportunidades en relación con sus condicionamientos objetivos.

Observar estas cuestiones permite dar cuenta de las representaciones sociales que han ido configurándose a través del tiempo y cómo éstas han dado lugar a una forma particular de lucha contra la pobreza. La historia de cómo la pobreza ha sido percibida por parte de determinados agentes públicos y sociales nos ayuda a observar lo general de las intervenciones sociales estatales en cada etapa histórica pero también rescatar las especificidades propias de las mismas en cada momento.

Con estas consideraciones nos acercamos a un paradigma en ciencias sociales que varios autores han dado en llamar «complejo y relacional» (AUYERO, J., 2001; WACQUANT, L., 2004). En este esquema la pobreza no es un estado, sino que es una relación. El sujeto en situación de pobreza no está aislado sino inserto en una trama; la pobreza no existe ni se explica por sí misma; tampoco constituye un hecho «natural», objetivo y externo; las situaciones de pobreza están allí porque se ha desarrollado una construcción social en la cual juegan y han jugado diversos e interdependientes aspectos económicos, políticos, sociales, subjetivos y simbólicos. En este orden de ideas, Bourdieu siempre nos recuerda que «los agentes han interiorizado al término de un prolongado y complejo proceso de condicionamiento, las oportunidades objetivas que les son ofrecidas y saben identificar el porvenir que les corresponde, que está hecho para ellos y para el cual ellos están hechos (...) mediante anticipaciones prácticas que les permiten reconocer de inmediato aquello que se le impone sin mayor deliberación sobre «lo que se debe hacer» o «lo que se debe decir». La dialéctica de las expectativas subjetivas y de las oportunidades objetivas opera por doquier en el mundo social y, las más de las veces, tiende a asegurar el ajuste de las primeras a las segundas» (BOURDIEU, P., y WACQUANT, L., 1995:89-90).

Este intento de captar las relaciones nos permite penetrar en la complejidad de los fenómenos sociales y aproximarnos a la comprensión de algunas representaciones y significados, intentando descubrir ciertas regularidades y particularidades, y a su vez trascender la aparente homogeneizada y sustancial lectura sobre la pobreza.

### **Pobreza y políticas sociales: visiones, representaciones y prácticas**

Dado que la pobreza es una categoría histórica y relativa, la manera en que se la ha entendido a través del tiempo ha dependido tanto del desarrollo de los sistemas socioeconómicos, como de las percepciones, visiones y construcciones de conocimiento para definir al «pobre». Cada sistema estructural de relaciones

económicas y cada configuración de percepciones y representaciones respecto de la pobreza dio lugar a distintas intervenciones sociales para mitigarla: la solidaridad comunitaria, la vieja caridad cristiana basada en la doctrina de la salvación, la beneficencia, la filantropía, y las distintas políticas sociales del siglo XIX y principios del XX en Europa y América Latina; todas ellas constituyeron formas concretas de controlar, dirigir, administrar o disminuir las situaciones de privación material.

Es entonces que definir la pobreza es una tarea amplia y compleja, debido a que entran a jugar variables sociales, económicas, pero sobre todo culturales e históricas, que relativizan la conceptualización del término, dependiendo éste de concepciones objetivas y subjetivas propias del contexto en el cual se manifieste.

Comúnmente, la pobreza se relaciona con un estado de privación (CEPAL: 1996) o carencia en el que se encuentran determinados sujetos (individuos o grupos), caracterizado por medios insuficientes de atender necesidades mínimas. Se ve agravada por la falta de acceso a oportunidades y herramientas de salida de la situación de pobreza; así como por distintas formas de discriminación. No obstante, dado este carácter habitual del uso del concepto de pobreza como atributo de sujetos, es capital indagar sobre los discursos dominantes que se manejan en torno al fenómeno y de qué manera se legitiman a partir de dichos discursos ciertas intervenciones sociales. En este sentido interesa menos diferenciar el pobre del no pobre que indagar el porqué se configuran determinados modelo/os de pobre/es. Así, cualquier definición de la pobreza por la que se opte «implica una forma de considerar la actividad del Estado, de la organización de una sociedad, una concepción de las clases sociales, de la estratificación social, y, en consecuencia, una teoría general de la sociedad. Cualquier definición que se dé no es neutral, tiene unas implicaciones que son explícitas. La mayoría de las definiciones de pobreza fallan a la hora de contemplarla como un fenómeno complejo, cambiante histórica y socialmente en el que se vinculan relaciones económicas y políticas y ambas conectadas con dimensiones ideológicas» (MONREAL, P., 1996: 24).

Con relación a estas afirmaciones, consideramos que junto a las explicaciones estructurales sobre la pobreza, hay otras dimensiones que permiten observar elementos no materiales y menos tangibles, como las representaciones y visiones de la pobreza construidas desde diversos espacios de poder. Tales representaciones ejercen gran impacto tanto en la reproducción de la misma como en la aplicación concreta de intervenciones sociales estatales.

### La estructura como explicación de la producción y reproducción de la pobreza: capitalismo, cuestión social y dependencia

Las explicaciones estructurales sobre la pobreza reconocen que ésta sigue siendo económica, es decir que hay una estructura de la economía, a su vez política y social, que contribuye a su producción y reproducción. Así la producción de la pobreza se explica por aspectos estructurales que se han consolidado a través del tiempo y que han degradado los medios por los cuales las poblaciones obtienen posibilidades de ganarse la vida y adquirir recursos productivos.

Entre los aspectos estructurales existen un conjunto de condiciones típicas que han producido y reproducido la pobreza, entre las cuales Sonia Álvarez considera las especificidades con que se ha desarrollado el capitalismo en nuestros países en conexión con el contexto global y las contradicciones entre capital y trabajo. Esto ha generado la pobreza masiva ligada a la exclusión y a la degradación de las condiciones de vida de gran parte de la población.

Autores como Castel, Polanyi, Donzelot, Marshall, entre otros, se encargarían de interpretar estos procesos en el marco del desarrollo capitalista en Europa, analizando las instituciones sociales a través del tiempo y el nacimiento de la cuestión social en las sociedades modernas (CASTEL, R., 1997), el pauperismo como producto de la sociedad industrial y la conformación de un mercado competitivo de mano de obra (POLANYI, K., 1989), la familia en las sociedades industriales occidentales (DONZELOT, J., 1997) y la invención de la ciudadanía (MARSHALL, T. H., 1989).

En América Latina, gran parte del pensamiento social crítico explicaría directa o indirectamente la producción de la pobreza. Una corriente fuertemente influyente lo constituyó la Teoría de la Dependencia. Con sus diferencias entre autores y argumentaciones, en líneas generales, esta teoría coincide en afirmar que la pobreza se debe a las distintas y específicas relaciones de dominación (de clase, de género, de etnias, entre otras) que se reproducen en el sistema de las relaciones capitalistas. Las causas estructurales se asignan a distintos factores (industrialización, pérdida de medios de subsistencia, concentración y centralización del capital). En este orden de ideas Cuevas (1982), Dos Santos (2002), Mariátegui (1976-1928), entre otros, materializaron las explicaciones sobre la pobreza poniendo énfasis en procesos históricos de larga data, y en las relaciones de dominación histórica estructural vinculada con la geopolítica mundial y su incidencia en la producción de la pobreza.

Por su parte, sumado a los anteriores, algunos autores también explicarían las formas de dominación al interior de los Estados nación latinoamericanos y su relación con la producción de la pobreza. Aquí se ubican los análisis sobre las relaciones semiserviles y la discriminación étnica tales como la colonialidad del poder (QUIJANO, el debate neocolonialismo/colonialismo, o colonialismo dependiente o colonialismo interno. GONZÁLEZ CASANOVA, P., 2006; FLORES GALINDO, A., 2001). En la década del '60 y '70, la pobreza sería abordada por las teorías de la masa marginal o polo marginal (NUN, J., 1970; QUIJANO, A., 1973; CARDOZO, F. E., 1972), vinculando el valor de la fuerza de trabajo y reproducción en condiciones del capitalismo dependiente con la consiguiente superexplotación del trabajo (MARINI, R. M., 1977). En estas ideas aparecerían los análisis sobre el trabajo informal como explicación de las poblaciones marginadas de las estructuras económicas (TOKMAN, V., 1987; 1999; PORTES, 1987).

En Argentina, un conjunto autorizado sobre estudios de pobreza ha hecho hincapié, sobre todo en las últimas décadas, en las condiciones estructurales por las cuales la pobreza se produce y se reproduce. Algunos han profundizado sobre las debilidades sistémicas del Estado de bienestar en América Latina (LO VUOLO, R., 1998); otros han estudiado los problemas de empleo y de las estructuras del mercado de trabajo luego del ajuste estructural (MURMIS, M., 1993); otros han enfocado su análisis sobre el retroceso de los derechos sociales en la Argentina neoliberal (LEVIN, S., 2005). Además, dentro de los trabajos representativos en esta materia se ubican las problematizaciones sobre la cuestión social y la política social en la Argentina contemporánea (ANDREACCI, L. 2002).

Como hemos expresado en los párrafos precedentes, el análisis de las condiciones estructurales constituye un elemento de extrema importancia para explicar la producción de la pobreza. Sin desconocer este punto, hay, junto a estos procesos, otros que no son de tipo material pero que también actúan como fuertes dispositivos de reproducción de la pobreza. En los próximos apartados realizaremos, entonces, un análisis sobre la necesidad de considerar el desarrollo de las configuraciones simbólicas que terminan influyendo en la forma que adquieren las intervenciones sociales sobre las situaciones de pobreza.

## Representaciones sociales, visiones y percepciones como elementos explicativos de la reproducción de la pobreza<sup>1</sup>

En sus estudios sobre la pobreza<sup>2</sup>, Sonia Álvarez sugiere que la misma no sólo se explica a partir de razones históricas estructurales, institucionales o subjetivas, sino que muchas de las explicaciones sobre la producción de la pobreza tienen que ver con la hegemonía de ciertas discursividades que asignan inferioridad a ciertos grupos sociales que son llamados genéricamente «pobres», naturalizando, de esta manera, las relaciones sociales, económicas y culturales que producen la desigualdad. Con relación a ello, «las políticas sociales no se refieren sólo a instituciones donde ciertos vínculos permiten el acceso a bienes y servicios para asegurar la reproducción social o la integración, sino que, también, es un espacio de relaciones donde se construyen identidades o un campo cultural en el que se naturaliza lo social y se establecen jerarquías sociales» (ÁLVAREZ, S., 2007: 10).

En este sentido, la autora sostiene que si bien las diferencias naturales no existen, estas operaciones, prácticas y sistemas discursivos (que a su vez permiten explicar las formas concretas de intervención social) «generan diferencias sociales y distinciones que son percibidas como normales, asignando atributos a las personas dentro de ciertos esquemas de jerarquías sociales. Se van desarrollando así ideas y concepciones que asignan valores negativos y positivos a esas diferencias, pretendiendo justificar, de manera arbitraria, la existencia de la superioridad e inferioridad sociales» (ÁLVAREZ, S. op. cit.: 23).

1- Tomamos el término «visiones» de Susana Hintze (1989) para quien las visiones son interpretaciones de la situación condicionada por el lugar del observador en el medio. Esto define la perspectiva desde la cual se ven ciertas cosas e incluso el campo de las preferencias (cuáles son vistas y cuáles no). Son construcciones fundamentalmente ideológicas y preanalíticas y, como es obvio, no necesariamente falsas, en cuya elaboración interviene la posición política y también aspectos culturales. Por su parte, el concepto de «representaciones sociales» sugiere una construcción de ideas de sentido común, a través del cual las personas, grupos y sociedades dan sentido al mundo en que viven. En este sentido, la teoría de las representaciones sociales intenta integrar los campos de análisis individual e interpersonal en niveles socioculturales de comprensión (NICOLA, M., 2003: 1-9).

2- Sonia Álvarez ha estudiado las formas de intervención social en Salta y su relación con las configuraciones sociales locales tomando la idea de configuración social subordinada e interdependiente basada en una mezcla de concepciones de Eliás, la idea de Marx en cuanto al lugar que ocupan las personas en las relaciones de producción, circulación y comercialización y de Weber en cuanto a las relaciones intersubjetivas; tales autores construyen una manera particular de entender el mundo que a su vez es hereditaria de la tradición de las representaciones sociales y de lo que también aborda Bourdieu en su concepto de habitus. Con este esquema, la autora nos ofrece un análisis histórico sobre las visiones y discursos sobre la pobreza y su implicancia en la intervención social.

Con relación a ello, la idea de Foucault sobre prácticas discursivas y sistemas discursivos no distingue entre teoría y práctica; los discursos se hacen prácticas a través de distintas tecnologías de poder que operan transformando la realidad (FOUCAULT, M., 1990).

Por su parte, Danani reconoce que el campo de la política social está tensionado por una doble disputa (teórico-conceptual, pero también sociopolítica). Este punto la lleva a afirmar que «detrás de cada posición técnica existen posiciones teóricas que conllevan acerca de «modelos socialmente deseables» (DANANI; 1996: 21). Así, al ubicar la política social en el centro mismo del orden social, la autora nos invita a observar tanto la política social en general como la lucha contra la pobreza en particular, como elemento central en la producción y reproducción de un orden socioeconómico, al mismo tiempo que tal política responde a proyectos sociopolíticos en pugna. En este sentido, las «prácticas sociales» se definen como la «unidad compleja de comportamientos más representaciones, en la que las exteriorizaciones más directamente observables que constituyen los primeros se encuentran internamente reguladas/organizadas por las segundas. No hay, por lo tanto, ni «exterioridad», ni «esencialismo» de lo simbólico, sólo escindible (y objetivable) en el análisis del sentido que otorga a las prácticas de las que forma parte. Las representaciones simbólicas (y su análisis) adquieren importancia no sólo por razones teóricas sino por su condición constitutiva de prácticas» (DANANI; op. cit: 30).

Con estas aclaraciones conceptuales, a continuación se sintetizan las cosmovisiones y representaciones sobre la pobreza más destacadas del siglo XX. A partir de ellas puede observarse cómo se construyen ciertos sistemas discursivos que ayudan a pensar la manera en que se desarrollan configuraciones y procesos no materiales que actúan fuertemente en la reproducción de la pobreza.

### El discurso «civilizatorio»

Con gran influencia en las últimas décadas del siglo XIX y principios de XX, el discurso «civilizatorio» constituye un campo de conocimiento e intervención social que explicaba la pobreza nominando a las poblaciones pobres con atributos de clases inferiores y, en algunos casos, combinadas con connotaciones racistas: indios, criollos, mestizos, cholos, mulatos, ladinos constituían categorías construidas que eran propias de un sistema de conocimiento y una forma particular de poder que se materializaba, en varios casos, en un racismo antindígena.

Leys Stepan (1991) nos ayuda a observar la manera en que la llamada «eugenesia», a veces fusionada con el saber médico, la biotipología y el darwinismo social, se constituye como uno de los saberes científicos donde las interpretaciones racistas sobre la pobreza se encuentran muy presente. Este campo postulaba la necesidad de purificar la raza y preservar la pureza, por lo cual se afirmaba científicamente que la pobreza constituía un «mal» o, más bien, un «biotipo inferior».

Por su parte, y en sintonía con las cosmovisión de la eugenesia, las ideas neolamarckianas en Latinoamérica involucraron una explicación sobre la pobreza en cuya visión el ambiente o entorno eran vistos como una fuente de «veneno» reproductivo que podría tener desastrosas consecuencias en las futuras generaciones. Aquí las intervenciones sociales se basarían en una eugenesia vinculada con la obstetricia, las políticas poblacionales y las consecuentes campañas antialcoholismo, tuberculosis y enfermedades venéreas, higiene, puericultura y sesiones de nutrición. Estas visiones le atribuían al pobre fatiga en el trabajo, responsabilidad individual en sus enfermedades y conductas moralmente cuestionables. Este ciclo debía ser combatido por acciones morales y médicas, respaldadas teóricamente por concepciones científicas de las ciencias biológicas y médicas. «Todo esto facilitaba a estos médicos, construir fronteras entre comportamientos aceptables, los que separaban frecuentemente a los pobres de las clases medias, los trabajadores manuales de las elites y los segmentos blancos de la población de color de tez más oscura» (LEYS STEPAN, N., 1991: 29).

Construido sobre una estructura discursiva basada en la consideración del nativo como inferior, la concepción civilizatoria redundaría en una praxis de sometimiento a las etnias nativas a diversas formas de servidumbre. Con diversos matices, esta concepción se introyectaría en el discurso de la elite de la «generación del '80» en Argentina, y justificaría varias de las intervenciones sociales, entre ellas, la Sociedad de Beneficencia.

### El discurso del «desarrollo»

Aproximadamente a partir de los años '50, el pensamiento social latinoamericano construyó un sistema de categorías tales como «progreso», «modernidad» y «desarrollo», con las cuales se aproximarían a una explicación de la pobreza basada en visualizar a estas poblaciones como aquellas personas que forman parte de un mundo considerado «subdesarrollado».

La discursividad afirmaba que los pobres son tales porque se encuentran en una escala inferior en el desarrollo, lo cual, a su vez, los distanciaba de los principios sociales consagrados de orden y progreso; aquella inferioridad se debía a cuestiones «naturales» tales como su raza o su patrón genético. «Así, la diversidad de maneras de vivir en el mundo había sido resumida con una sola nominación: los países y culturas subdesarrolladas. Esa estructura discursiva, similar a la que usó la práctica colonial para nominar como «incivilizadas» y dominar a todas las formas de vida no europeas, consideraba la cultura de los latinoamericanos y caribeños como un todo homogéneo de características «tradicionales», «arcaicas», «atrasadas» y poco proclives a comportamientos «modernos» (urbanos, con predominio de familias nucleares, relaciones impersonales, incentivo al ahorro y al trabajo productivo tendiente al lucro, democracia liberal restringida a las elites...) (ÁLVAREZ, op. cit.: 20).

Arturo Escobar (1998) ha asociado el desarrollo como sistema discursivo a lo que el llama «la invención del tercer mundo». Dentro de las teorías posestructuralistas, el autor ilustra cómo, desde los discursos sobre el desarrollo, se construyó un otro inferior con valores que no condecían con las buenas costumbres de las culturas superiores y modernas. La relación que Escobar establece entre la producción de significado y las prácticas sociales de los grupos dominantes ilumina el proceso de construcción de una alteridad negativa y de una negación de las diferencias. De esta visión emana la afirmación de que la pobreza y el atraso se explican por lo que se dio en llamar el «subdesarrollo». Esto desembocó en una estrategia de la cual se valió la cultura europea definir y describir el tercer mundo, y, consecuentemente, dominarlo política, ideológica y científicamente.

En consecuencia, como forma de conocimiento y poder, Escobar afirma que las categorías construidas por el discurso del desarrollo (tercer mundo, pobreza, atraso, subdesarrollo) elaboran un sistema de discursos típicos mediante los cuales se ejerce y se instaura poder. Así pone en evidencia la manera en la cual las categorías más abstractas del pensamiento occidental son marcadas por su eurocentrismo y por las percepciones diferenciadas del otro distinto y sometido. De esta manera, puesto que los que no acceden al desarrollo se consideran personas, cultura y sociedades subdesarrolladas, en un estado inferior de evolución y valores, las políticas de combate a la pobreza se basarían en cambiar la cultura de los grupos sociales y de promover cambios y comportamientos para introducirlos a la vida y a los valores modernos.

Por su parte, con relación a las formas de nominar y de categorizar a los grupos sociales, Aníbal Quijano nos ofrece un agudo análisis sobre las formas de dominación en América Latina, llamando *colonialidad del poder* a la forma particular de dominio que mezcla la dominación capitalista con las clasificaciones raciales y étnicas. Para el autor, la colonialidad es uno de los elementos constitutivos y específicos del patrón mundial de poder capitalista y se funda en la imposición de una clasificación racial/étnica de las poblaciones del mundo como piedra angular de dicho patrón-poder y opera en cada uno de los planos, ámbitos y dimensiones materiales y subjetivas de la existencia social cotidiana y a escala societal» (QUIJANO A., 2000: 342-386).

Según el autor, el colonialismo clasificó a la población mundial sobre la idea de «raza», construyendo una categoría y una construcción mental fuertemente poderosa que hizo posible la dominación del eurocentrismo. Ahora bien, lo colonial ha sido más perdurable y ha podido ser impuesto en la intersubjetividad del mundo mucho más que el colonialismo en cuya matriz nació. El colonialismo refiere a la dominación política y de los recursos económicos y de trabajo más antigua; la colonialidad es más bien, un proceso permanente que atraviesa subjetividades y que resulta intrínseco al poder mundial y al capitalismo. Ambas se refuerzan mutuamente y determinan fuertemente las relaciones sociales, a la vez que configuran los principales procesos de subordinación y dominación.

En este orden de ideas, Néstor Manrique también se pronunciaría en torno al racismo como construcción social intrínseca a las formas particulares de dominación social que sirven para naturalizar las diferencias sociales. El autor analiza históricamente el racismo oligárquico en Perú iluminando cómo estas visiones sobre los sujetos «inferiores» se reproducen y reinventan en las sociedades actuales. Según el autor, «no son la razas las que construyen el racismo sino el racismo que construye las razas» (MANRIQUE, N., 1999: 3-15). Sostiene que basta que una fracción significativa de la población crea que las razas existen para que esta cosmovisión, establecida en la intersubjetividad social, tenga profundas implicaciones en la realidad social. Así, el racismo antiindígena como ideología fundamental de la dominación social instaurada por las repúblicas oligárquicas legitima la exclusión ya que naturaliza las desigualdades sociales consagrando un orden en el cual cada uno tiene un lugar inmutable. En este sentido, la exclusión no aparece fundada en un origen social sino vinculada a lo «natural». El racismo es, a su vez, teorizado (en debates, en la normatividad, en recopilaciones legales y

expedientes, en estudios médicos, jurídicos y sociales, y otros) y práctico (manifestado en la praxis social, en actitudes no racionalizadas, inconscientes, enraizadas en las vivencias cotidianas), ambos aspectos imponen una manera de ver y actuar en el mundo.

En definitiva, en la praxis, la política concreta se centraría en la eliminación y desaparición del indio llevada a cabo por las elites; debían realizarse entonces cruces «sabiamente administrados» y el indio sería entonces reemplazado por una raza vigorosa que permitiera destruir las «taras biológicas» que aquel traía consigo.

Algunos de los postulados sobre el desarrollo tienen influencia sobre una forma específica de intervención social sobre todo a partir de la década del '50 en América Latina. «En Argentina, esta modalidad se «oficializa» luego del golpe de Estado de 1966. Ese año se crea el Ministerio de Bienestar Social y dentro de ese ámbito se instala la Secretaría de Estado de Promoción y asistencia a la comunidad» (TENTI, E., 1989: 85). Incorporada como técnica de acción social en el lenguaje de las Naciones Unidas, Tenti sostiene que el discurso del desarrollo de la comunidad, basado en el bienestar social como un resultado natural de los procesos de mejoras de la fuerza productiva, «insinúa la vieja lógica que consiste en hacer cargar sobre la víctima parte de la responsabilidad de su estado. En este sentido, se consideraba que los marginados urbanos, los campesinos pobres, los indígenas, los analfabetos, los subempleados, y otros no estaban en condiciones ni de participar ni de colaborar en el proceso de transformación en marcha. Se entendía que sus valores, actitudes y aptitudes constituían obstáculos para el desarrollo» (TENTI, E., op. cit.:85). El efecto práctico no constituyó más que un conjunto de proyectos de construcción e infraestructura con dudoso carácter comunitario.

### La «cultura» de la pobreza

Por último, otra de las influyentes representaciones sobre la pobreza en el siglo XX lo constituye el análisis de Oscar Lewis sobre *la cultura de la pobreza*. Aplicando métodos etnográficos y tras veinte años de trabajo de campo con familias mexicanas, Lewis observó la manera en que vivían las familias pobres apuntando principalmente a la descripción de sus comportamientos en un medio ambiente determinado. Así el autor afirma que es la cuestión en torno a la cultura de los pobres, sus valores y formas de vida, lo que les impedía aprovechar las oportunidades que la sociedad les ofrecía.

En la cultura de la pobreza expresada por Lewis, ésta es vista como una forma de vida y centrada en rasgos psicológicos, sociales y económicos de los mismos sujetos. Por ello, existen actitudes, normas y valores que son vistos como comportamientos propios de las clases populares. Tal cultura era tan fuerte que no cambiaría aun transformando la situación económica y se perpetuaría por medio de la idea del círculo vicioso de la pobreza.

Tales investigaciones fueron posteriormente denostadas, pues resultaron ampliamente ecologistas y dieron lugar a una teorización sobre la pobreza que redundó en una visión estigmatizadora de la misma que profundizaba sobre las patologías sociales y sobre el desvío de los pobres respecto de la cultura dominante, olvidando gran parte de las estructuras objetivas que desencadenaban la pobreza urbana. Pretendiendo ser un estudio científico, habilita a pensar la pobreza desde una fuerte concepción moral atribuyendo a los pobres características negativas y patológicas, afirmando que la vagancia, la incapacidad, la falta de expectativas son los atributos y las causas que producen su propia situación.

El tratamiento científico de la pobreza que realizó Lewis, junto a otras investigaciones propias de la Escuela de Chicago, tuvo gran influencia en Estados Unidos. Definida la pobreza como problema de los propios pobres, sirvió para justificar una serie de intervenciones sociales basadas en el «cambio de comportamientos» o de una «reeducación de los pobres», tomando como patrón modelo los valores de la clase media estadounidense, sin advertir la situación material o la precariedad de los empleos y las condiciones en el acceso a los servicios sociales de salud, educación, infraestructura.

El análisis de los autores aquí reseñados, nos permite ampliamente observar cómo se construyen, desde ciertas visiones y representaciones, configuraciones que clasifican a las poblaciones en función de atributos y características y cómo tales visiones ponen en funcionamiento un poderoso elemento de prácticas al servicio de la negación, eliminación o dominación de ciertos grupos considerados inferiores.

En este breve repaso por algunas concepciones sobre la pobreza, hemos podido advertir que gran parte de estas visiones se reeditan y adquieren nuevas significaciones en contextos actuales. Varias de las formas concretas de intervenciones sociales estatales en nuestras sociedades contemporáneas han sido reinventadas en base a cosmovisiones y representaciones fuertemente

discriminatorias e inferiorizantes. Estas cuestiones adquieren especial relevancia luego del grave retroceso de los sistemas de protección social en América Latina en general y en Argentina en particular.

### **Hacia una caracterización de la política social contemporánea en la Argentina excluyente**

A partir de la segunda mitad del siglo XX, en Argentina se había consolidado una matriz socioeconómica que, más allá de sus complejidades, construyó un esquema de protección social que garantizó legalmente la seguridad social y posibilitó el acceso masivo de la población a una gran extensión de políticas reguladoras en las áreas de salud, educación, vivienda, asistencia social y protección laboral; todo ello dentro de un esquema económico fuertemente redistributivo y basado en la industrialización sustitutiva de importaciones que diseñó, a su vez, un modelo cercano al pleno empleo. Estas intervenciones sociales tomaban la forma de acciones legales y de derechos otorgados a personas que lograban su «adscripción social» mediante su status ocupacional; se basó a su vez, en fuertes identidades sociales construidas a partir de un discurso político fundado en la justicia y en la igualdad social y en instituciones y actores sociales que combinaron una lógica representativa entre sindicatos, trabajadores y poder político.

En este esquema, la pobreza no constituía un elemento central ni como problema social ni como objeto de intervención pública; si bien en algunos enclaves la pobreza existía, lo hacía de manera residual y nunca de manera masiva como la conocemos actualmente. El desarrollo amplio de la categoría de trabajador y sus derechos de protección específicos favorecieron, a su vez, el carácter residual de la asistencia social pública, cuyos sujetos legítimos fueron aquellos individuos imposibilitados de integrarse al mercado de trabajo por razones particulares pero ajenas a su voluntad.

Los arreglos institucionales propios de estas intervenciones y la lucha social que tuvo lugar en esta forma sociopolítica y económica perduraron por varios años bajo gobiernos democráticos e incluso autoritarios. Por razones suficientemente estudiadas, se afirma que aquel pacto social entre capital y trabajo, que primó en Argentina de manera más o menos estable durante más de cuarenta años, se rompió de modo abrupto a partir de la década del '70 y tuvo su manifestación más aguda en la década del '90. El proceso que sigue es la consolidación de un nuevo régimen de acumulación que toma la forma de un



proceso socioeconómico y político que ha dejado como principal saldo el aumento exponencial de las situaciones de pobreza.

Dichos procesos, en síntesis, constituyeron un extenso programa de ajuste que terminó configurando un mapa social que tuvo como máxima expresión la precarización laboral, desempleo y la distribución inequitativa del ingreso. Junto con la concentración económica y el descenso en la calidad de los servicios sociales, se terminó constituyendo un modelo de acumulación que incluye por definición a la pobreza. En este sentido, la pobreza no implica la «consecuencia no deseada del modelo» sino que es parte de su constitución específica (GRASSI, E. 2001: 5).

El correlato de estas transformaciones en el campo de las políticas sociales vio su máxima expresión en las políticas focalizadas, descentralizadas y privatizadas que más que producir mecanismos de inserción social de las poblaciones en situación de pobreza, contribuyó a su sistemática reproducción, dando lugar a lo que gran parte de la literatura dio en llamar el modelo «residual», «compensatorio» o «asistencialista» de la política social. Dichas categorías denotaban el aspecto meramente marginal de las intervenciones sociales cuyo propósito se reducía a evitar el conflicto social y mantener el orden sin alterar demasiado el arreglo socioeconómico basado en el predominio del mercado. Tal política social podría convivir perfectamente con el retroceso de los derechos sociales, con el hiperdesempleo, el subempleo y la precarización laboral.

En síntesis, de acuerdo con Grassi, es bien entendido que «el *modelo* económico imperante más que un modelo económico es una práctica política, en el sentido de la construcción de un orden político y social, en el sentido del reconocimiento y desconocimiento de sujetos y actores. Y también cultural en tanto abarca las prácticas cotidianas de los actores sociales y el sentido de las mismas. Desde este punto de vista el «ajuste estructural» no se plantea únicamente como un problema de índole económica, sino que es parte de una redefinición global del campo político-cultural y del carácter de las relaciones sociales» (GRASSI, E., 2003:26).

De esta manera, aquellas grandes transformaciones de escenarios políticos, sociales y económicos se consolidaron, en parte, por la gran capacidad de instalación de un discurso hegemónico que impregnó, con asombrosa efectividad, la totalidad de la vida social. En lo referente a la política social, el individualismo se instaló con toda su fuerza para construir un gran sistema de representaciones acerca de la pobreza. Tales explicaciones se basaron en la elaboración de grandes

construcciones técnicas, cuantitativas y científicas que justificaron ciertas intervenciones sociales a partir de afirmaciones que consideraban, en su gran mayoría, que la pobreza se debía a cuestiones individuales más que sociales. Así, la pobreza fue definida como un estado en el que se hallan las personas y no como un problema de la economía o de los modelos de desarrollo imperantes; mientras, las políticas de asistencia a los pobres se definieron con total prescindencia de la relación social que provocaba la extrema vulnerabilidad de tales poblaciones, a manera de «gestión social de las deficiencias individuales» (TENTI, E., 1991:97-98).

De acuerdo a estas visiones (organismos internacionales de crédito mediante), la pobreza pasaba a ser un problema de carencia o de falta de capacidades del sujeto, o bien, de un problema «cultural» por el cual el sujeto pobre no podía «adaptarse» a las «oportunidades» que le brindaba el medio. Estas afirmaciones se justificaban con un gran aparato metodológico puesto al servicio de la medición de la pobreza que afianzaba esta representación del pobre definido a partir de un conjunto de atributos.

Desde el ámbito de las políticas públicas se fueron conformando ciertos modelos de rechazo a la pobreza, reeditando, en varios casos, la antiguas divisiones ente «pobres merecedores» y «no merecedores», creando codificaciones, clasificaciones y selecciones estigmatizantes desde el exterior a los grupos sociales en situación de pobreza e interviniendo, en consecuencia, desde posturas reduccionistas y fragmentadas.

La solución práctica, entonces, pasó por intervenir cada vez más en las poblaciones «pobres» pero nada se decía ni hacía con los sectores «no pobres» (empresarios, Estado y otros). De esta manera, desde las instancias de poder, se oscureció, por no decir, se obvió, el debate acerca de la distribución de la riqueza o del incremento de las posibilidades de inserción plena a partir del mercado de trabajo formal. Es decir, no se colocaba a la política social en su vinculación con la política económica y no se la visualizaba como parte de un sistema general que se refería a los modos de organización de los sistemas socioeconómicos de nuestras sociedades capitalistas contemporáneas.

En definitiva, había que enfocar la atención en el sujeto pobre, carente, inadaptado y no discutir sobre las barreras estructurales que producían la exclusión. Esto nos decían los organismos internacionales, esto nos decía la política social,

esto nos decía el sentido común y la opinión pública. El resultado fue la reproducción de la pobreza instalada en las visiones sobre la misma, en las representaciones de los agentes públicos, y, en definitiva, en las intervenciones sociales concretas que extendían, más que nunca, su campo asistencialista. De esta manera, la lucha contra la pobreza pasó a desarrollarse como «modos de regulación estática» que no tienen como objetivo superar el problema sino «gestionarlo», a fin de que quede resguardado el principio de organización social y el «resto de la sociedad» en su conjunto (LO VUOLO, 1999:104-130).

Es así que cada política o programa implementado en diversos ámbitos territoriales responde, en su objeto y definición, a un modelo socioeconómico impuesto en los últimos treinta años en Argentina que delimitó a su vez, un modelo de política social, que se prefigura en un conjunto de planes y programas que el discurso dio en llamar «política social». Para nuestro entender lo que el discurso político ha denominado política social se reduce a un conjunto representativo de planes y programas residuales fuertemente desvinculados del sistema económico y del sistema de redistribución. En este sentido, se ha desconocido sistemáticamente que la política social en general y los planes de lucha contra la pobreza en particular «aluden a formas globales de organizar la sociedad (las instituciones, la economía las formas de gobierno y gestión y las condiciones de vida de distintos sectores sociales)» (DANANI; op. cit.: 22).

Los discursos sobre la pobreza, que limitadamente hemos puesto de manifiesto en estos párrafos, penetraron con gran capacidad en distintos ámbitos de la sociedad. Académicos, comunicadores sociales, diseñadores e implementadores de políticas sociales, con sus diversidades y posiciones sociales diferentes, desarrollaron un gran constructo de rechazo a la pobreza que configuró un fuerte dispositivo de reproducción de las desigualdades.

### Las representaciones sociales en torno a la pobreza en la Argentina excluyente<sup>3</sup>

Uno de las representaciones sociales centrales y dominantes que se sostienen cotidianamente en diversos ámbitos de la vida social es que «los pobres son pobres

<sup>3</sup> Las consideraciones aquí vertidas revisten el carácter de generales puesto que los discursos de rechazo a la pobreza difieren de acuerdo a varios factores y están presentes de manera muy compleja y diversa en distintos sujetos ubicados en diferentes posiciones sociales. Lo que realizamos aquí es un análisis general de las representaciones sociales que luego deben ser especificadas mediante la utilización de metodologías apropiadas.

porque quieren». Tienen asistencia del Estado, tienen las capacidades, tienen la oportunidad de generarse una vida mejor y no la aceptan porque no saben adaptarse, no saben aprovechar las opciones del medio o porque comparten una serie de características culturales que los imposibilita incorporarse a una vida «normal».

En este sentido, Estela Grassi, entre otros autores, ha advertido sobre estas argumentaciones, explorando el sentido que adquieren los discursos sociales en las formas de intervención social de lucha contra la pobreza; dichas intervenciones se basan, en su gran mayoría, en lo que la autora llama la «culturalización de la pobreza». Dicho concepto intenta dar cuenta de aquella construcción social y política en torno a las poblaciones en situación de pobreza que resultan de «un modo de clasificar a los grupos sociales, según un supuesto universo cultural y socialmente homogéneo, delimitado por el lugar de habitación (la villa)» (GRASSI, 1996:18).

Según Grassi, lo que subyace a tales visiones es una noción de «cultura» que la define como conjunto de pautas y costumbres en las que el individuo «se socializa» y que reitera en sus prácticas a lo largo de su vida. Así interpretados, estos conjuntos constituyen «universos» que cobran autonomía, se esencializan y son la fuente a partir de la cual puede construirse un «sujeto portador» de códigos que, se supone, son fundamentalmente distintos y eventualmente incompatibles con los de la cultura urbana moderna.

Como si Lewis y los teóricos de la Escuela de Chicago estuviesen aún presente, la construcción culturalista, entonces, resulta un modo de clasificar a los grupos sociales, construyendo alteridades negativas y socialmente homogéneas. En este recorte, el objeto construido (la pobreza) parece ser réplica de una unidad «naturalmente» dada, al margen de los procesos históricos de constitución de la misma y del marco global de dichos procesos.

Con estas representaciones, la realidad es simplificada a partir de la construcción de un modelo impuesto: el «pobre», el «villero», el «marginal», quien por el solo hecho de serlo es delincuente, es vago, es incapaz y aprovechador de los recursos del Estado. Los comportamientos «anormales» (la delincuencia, la «desintegración familiar», la «pérdida de autoridad» y demás) se explican por sí mismos y con relación a un conjunto de rasgos definitorios, intrínsecos y estigmatizantes que caracterizan de por sí, de una vez y para siempre, a la población en situación de pobreza.

«Los pobres no saben comer», «los pobres no saben o no quieren trabajar», «los pobres son aprovechadores», «los pobres tienen muchos hijos», todos estos son rasgos que marcan la diferencia; a partir de allí se delimita fuertemente quienes son «ellos» (los «otros», los «desviados») y quienes somos «nosotros» (los «normales»).

Ahondando en esta definición de la pobreza, Sancho advierte sobre los sesgos positivistas ligados a la visión de la pobreza como proceso individual o en todo caso perteneciente a algunos sectores sociales. Estos sectores o individuos pobres se desvían de las normas válidas par la sociedad, es decir, adscriben a valores diferentes del resto con una escala particular, personal, diferente. Esta concepción implicaría pensar que existen valores neutrales, aceptados por el conjunto de la sociedad a excepción de aquellos grupos que «eligen» vivir en la barbarie, persistiendo las dicotomías civilización y barbarie, blanco y criollo, europeo y americano (SANCHO, A. 2006: 4).

A través de estos sesgos positivistas se reedita un nuevo discurso «civilizatorio» y se reactualiza cierto tipo de divisiones entre pobres mercedores y no mercedores, cierto tipo de asistencialismo represivo y «cosificador» de la pobreza como expresión «natural», propio de intervenciones sociales de la Sociedad de Beneficencia en el siglo XIX.

Como si los teóricos del desarrollo aún dieran sus pautas para el progreso social, el discurso imperante identifica al «otro» a partir de características especiales y negativas, estigmatizando a aquel que no se ajusta a los buenos valores de la vida urbana y a quienes producen un «disfuncionamiento» de la sociedad y a quienes, se supone, que se encuentran en un «estadio inferior de desarrollo».

El pensamiento colectivo crea la diferencia a partir de la selección de estos rasgos estereotipados y definitorios que homogeneizan, codifican y aíslan a una población, produciendo grandes mecanismos de discriminación, estigma y rechazo. En definitiva, tales representaciones sobre la pobreza se han construido como un dispositivo fuertemente poderoso que no hace más que reproducir los sistemas de dominación y de desigualdad social a la vez que olvida sistemáticamente las condiciones sociales y los procesos históricos que han generado tales situaciones.

Proveniente de las corrientes más puras del neoliberalismo, la construcción de estas categorías entraña una gran violencia que ha logrado introyectarse en la

representación colectiva sobre la pobreza, construyendo una identidad acerca del «pobre» que termina naturalizando y estigmatizando a la población en esa situación.

En otras palabras, estas representaciones reduccionistas, esencialistas y estigmatizantes ocultan mecanismos más fuertes de dominación y reproducción de la pobreza. A través de fuertes y diversos dispositivos discursivos se ha construido y reproducido un modelo sobre el pobre que reproduce las desigualdades sociales y oculta la gran parte de relaciones de poder que explican las situaciones de pobreza.

Por otro lado, cuando se enfatiza la atención en el «pobre» como un atributo de clase inferior, se olvida a los «ricos». Estos últimos, los «sobreintegrados» que avalaron la exclusión, conviven e interactúan socialmente con los «excluidos o desintegrados». (SANCHO, op. cit.: 7). Mucho se ha hablado de exclusión, de la pobreza, de la población que no logra un mínimo porcentaje de niveles de consumo, bienestar e integración social, pero poco se habla o más bien se oculta el tratamiento de aquella población que está «sobreintegrada», categoría que definiría a quienes poseen grandes excedentes monetarios y de poder que lograron obtener por las políticas estatales de fines de fines de la década del '70 y '90.

Así, la cosmovisión general atribuye a los pobres características de personas anormales y olvida el lugar que ocupa la pobreza en la trama social. Considera que la pobreza es una condición innata a los sujetos de la «villa», y olvida las estructuras objetivas, las historias, las prácticas acumuladas a través del tiempo, las estructuras de opciones. Se mide la pobreza, se la cuestiona moralmente, pero no se analizan teóricamente las cuestiones estructurales, históricas y sociales que llevaron a esas poblaciones a esa situación de privación, ni se problematiza sobre el rol del Estado, de los empresarios, de los políticos, de los banqueros, de los medios de comunicación, de la policía y todo el conjunto de actores que forman parte de tal trama social.

Alertamos nuevamente sobre la presencia de discursos racistas, civilizatorios y clasificatorios de los grupos sociales. La pregunta es cuánto de estas visiones se incorporan al diseño y ejecución de las políticas públicas de lucha contra la pobreza y cómo pueden revisarse estos mecanismos de poder y de representaciones que, pese a los discursos políticamente correctos, construyen un «otro» negativo y justifican su exclusión.

Una argumentación inicial que emana de este ensayo es que el modo en que piensan la pobreza los sectores dominantes termina concretándose en la manera que adquieren las políticas públicas de lucha contra la misma. La pregunta es cómo se concretan estas políticas, qué efectos producen sobre las poblaciones receptoras y qué configuración se desarrolla a partir de ciertas formas de intervención. No podemos resolver estas cuestiones en este trabajo pero en principio sí podemos afirmar que la política pública social de lucha contra la pobreza, reproductora de visiones particularistas y reduccionistas, termina configurando un mecanismo de intervención social fuertemente influido por representaciones sociales negativas sobre la pobreza. Así, la lucha contra la pobreza, no sólo ha mostrado su fracaso sino que ha redundado en un elemento central de la reproducción de condiciones de vida intolerables para gran parte de la población.

Tal como postula Bourdieu, se trata de «revelar las estructuras más profundamente ocultas de los diversos mundos sociales que constituyen el universo social, así como los mecanismos que tienden a asegurar su reproducción o transformación y las regularidades objetivas a las cuales obedecen» (BOURDIEU, P.; WACQUANT, L., 1995:17-18). La propuesta desde las ciencias sociales es entonces interrogar y cuestionar lo aparente, complejizando el análisis e incorporando a la discusión nuevos ejes y dimensiones desde los cuales entender a la pobreza y que, a su vez, permitan pensar nuevas formas posibles de intervención social basadas en opciones reales de inclusión social.

## Bibliografía

- ÁLVARIZ LEGUIZAMÓN Sonia. *Teoría e Historia de la Producción de la pobreza en América Latina*. Clase Módulo I. Campus virtual de CLACSO. Formación de distancia. 2007.
- ANADRADE, Larry. *Lo social inquieto (e inquietante objeto)*. Aportes para pensar e intervenir. Miño y Dávila Editores. UNPA Universidad Nacional de la Patagonia Austral (2006).
- ANDRENACCI, Luciano. SOLDANO, Daniela. *Aproximación a las teorías de la política social a partir del caso argentino*. Universidad Nacional de General Sarmiento. Buenos Aires (2002).
- ANDRENACCI, Luciano (compilador). *Cuestión política y social en el Gran Buenos Aires*. Ediciones Al Margen, Universidad Nacional General Sarmiento. Buenos Aires (2002).
- AUYERO, Javier. *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Manantial. Buenos Aires (2001).
- BARANGER, Denis. *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu*. Prometeo Libros. Buenos Aires (2004).
- BOURDIEU, Pierre. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama. Buenos Aires (1997).
- BOURDIEU, Pierre; WACQUANT, Loïc. *Respuestas por una antropología reflexiva*. Grijalbo. México (1995).
- CASTEL, Robert. *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*. Paidós. Buenos Aires (1997).
- CARDOZO, Fernando Enrique. *Comentarios sobre los conceptos de sobrepoblación relativa y marginalidad*. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales. N° 1/2. Chile (1972).
- CUEVAS, Agustín. *El desarrollo del capitalismo en América Latina, ensayo de interpretación histórica*. Siglo XXI. México (1982).
- DANANI, Claudia. *Algunas precisiones sobre las Políticas Sociales como campo de estudio y la noción de población objeto*. En *Políticas sociales. Contribuciones al debate teórico metodológico*. HINTZE, Susana (comp). CEA. CBC. UBA Buenos Aires (1996).
- DONZELOT, Jaques. *La policía de la familia*. Pre textos. Barcelona (1996).
- DOS SANTOS, Theotonio. *La teoría de la dependencia. Un balance histórico. Los retos de la globalización: desafíos del sistema mundial*. CRESALC, UNESCO (2002).

ESCOBAR, Arturo. *La invención del Tercer Mundo. Construcción y reconstrucción del desarrollo*. Editorial Norma. Bogotá (1998).

FOUCAULT, Michel. *La Arqueología del saber*. Siglo XXI. México (1990).

FERRARA Francisco. *Exclusión social y prácticas de subjetividad*. En Observatorio Social N°11. Buenos Aires. Diciembre a Marzo de 2003.

GOFFMAN, Irving. *Estigma: la identidad deteriorada*. Amorrortu Editores. Buenos Aires (1989).

GONZALEZ CASANOVA, Pablo. *Sociología de la explotación*. Buenos Aires (2006). CLACSO.

GRASSI Estela (Coordinadora). *Las cosas del poder. Acerca del Estado la Política y la vida cotidiana*. Espacio Editorial. Buenos Aires (1996).

GRASSI, Estela. *Cuestión social, cuestión de Estado: lo político de la política social*. VI Congreso Internacional del CLAD. Buenos Aires (2001).

GRASSI, Estela. *Políticas y problemas en la sociedad neoliberal. La otra década infame*. Tomo I. Espacio Editorial. Buenos Aires (2003).

GRASSI, Estela. *Políticas y problemas en la sociedad neoliberal. La otra década infame*. Tomo II. Espacio Editorial. Buenos Aires (2003).

LEVIN, Silvia. *Derechos Sociales Breve historia de un retroceso*. En Revista Sociales. Buenos Aires. 2005.

LEYS STEPAN. *The hour of eugenics: race, gender, and nation in Latin America*. Ithaca and London Cornell University Press. London (1991).

LEWIS, Oscar. *La cultura de la pobreza, cinco familias*. Fondo de Cultura Económica. México (1961).

LO VUOLO, Rubén; BARBEITO, Alberto; PAUTASSI, Laura; RODRÍGUEZ, Corina. *La pobreza... de la política contra la pobreza*. Miño y Dávila Editores. CIEPP. Buenos Aires (1991).

MANRIQUE, Néstor. *Algunas reflexiones sobre el colonialismo, el racismo y la cuestión nacional*. En introducción al libro *La Piel y la Pluma*. Perú 1999.

MARIATEGUI, José Carlos. *Siete ensayos de la realidad peruana*. Grijalbo. Barcelona (1976-1928).

MARSHALL, T. H. y BOTTOMORE, T. *Ciudadanía y clase social*. Alianza Editorial. Madrid (1998).

MARINI, Ruy Mauro. *Dialéctica de la dependencia*. Serie Popular Era. 3° Edición. México (1977).

MONREAL, Pilar. *Antropología y Pobreza Urbana*. Los libros de la catarata. Madrid (1996).

NUN, José. *Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal*. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales. Vol. VI. N° 2. Buenos Aires (1970).

POLANYI, Kart. *La Gran Transformación. Crítica del liberalismo económico*. Ediciones de la Piqueta. Madrid (1989).

PORTES, Alejandro. *El sector informal, definición, controversias y relaciones con el desarrollo nacional*. En Ciudades y Sistemas Urbanos. FLACSO. Buenos Aires (1987).

QUIJANO, Aníbal y WEFFORT, Francisco (2000). *Colonialidad del poder y clasificación social*. En Journal of World System Reserach, VI, 2 (2000).

SANCHO, Analía. *Excluidos versus sobreintegrados*. Jornadas Pre Alas. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional de Cuyo (2006).

TEELEZ IREGUI, Gustavo. Pierre Bourdieu. *Conceptos básicos y construcción socioeducativa. Claves para su lectura*. Universidad Pedagógica Nacional. Colombia (2002).

TENTI, Emilio. *Pobreza y Política Social. Más allá del neoasistencialismo*. En ISUANI, Ernesto; LO VUOLO, Rubén, TENTI, Emilio. *El Estado Benefactor: un paradigma en crisis*. Miño y Dávila /CIEPP. Buenos Aires (1991).

TOKMAN, Víctor. *El imperativo de actuar. El sector informal hoy*. En Nueva Sociedad. Venezuela (1987).

TOKMAN, Víctor. *La informalidad en los años 90: situación actual y perspectivas*. En CARPIO, Jorge y NOVACOVSKY, Irene. *De igual a igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas sociales*. SIEMPRO, FLACSO. FCE. Buenos Aires (1999).

WACQUANT, Loïc. *Las cárceles de la miseria*. Manantial. Buenos Aires (2004).

WACQUANT, Loïc. *Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Manantial. Buenos Aires (2001).